

www.elboomeran.com

Luis Goytisolo

El sueño
de San Luis



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: fotografía del autor. Archivo personal

Primera edición: mayo 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Luis Goytisoló, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6383-3

Depósito Legal: B. 8399-2015

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla

08750 Molins de Rei

Relectura con sorpresa

Si bien el subconsciente incide en toda actividad humana, su influjo, a mi entender, se manifiesta con especial relieve en el ámbito de la creación artística y literaria. De ahí que, probablemente, tarde o temprano hubiera terminado por escribir un ensayo relacionado con este hecho. Eso sí, con una diferencia esencial: centrándome fundamentalmente en la obra de otros escritores, no en la mía. Y es que el punto de partida de estas páginas hay que referirlo a una llamada telefónica que Jorge Herralde me hizo tiempo atrás expresándome su deseo de reeditar *Las afueras*. Yo me mostré de acuerdo, con la condición de que antes me dejara releerla ya que, dado el tiempo transcurrido, tal vez no estaría de más que yo mismo escribiera un breve prólogo.

Las afueras fue mi primera novela —cuando la empecé era todavía menor de edad—, y aunque de

inmediato alcanzó una gran resonancia y aún ahora sigo topándome con lectores entusiastas, yo siempre tuve la íntima convicción de que no me había quedado redonda. Cuando su aparición, suscitó una gran controversia: novela formalista para unos, social para otros; radicalmente innovadora para unos, serie de relatos más que novela para otros, etc. Yo la había escrito de acuerdo con las estrictas normas del «realismo objetivo», teorizado por Gertrude Stein y desarrollado por novelistas como Hemingway o Pavese. Y lo que ahora me temía era que si tantas novelas de aquel entonces no habían aguantado el paso del tiempo, algo parecido sucediese con *Las afueras*.

Así que la releí, y mis temores al respecto quedaron disipados: la novela aguanta. También comprendí mi insatisfacción imprecisa de cuando acabé de escribirla: tanto desde un punto de vista estilístico como estructural, es una novela de aprendizaje. De ahí mi impresión ya entonces de que algo le faltaba para quedar redonda. Y que ahora comprendiese que lo que ya entonces andaba buscando era algo que sólo iba a lograr a partir de *Antagonía*.

Pero lo importante para mí de esa relectura no fue nada de eso, aspectos formales, etc. Lo verdaderamente importante fue el descubrimiento de una serie de elementos de su composición

que, tanto como al desarrollo de la obra, afectaban a mi propia vida sin que yo lo hubiese advertido en el momento de escribirla, fruto como eran no sólo de mi imaginación sino asimismo de mi subconsciente. Cosas que, lógicamente, ni el lector más agudo podía captar ya que, en lo que se refiere al relato, carecían de importancia. Para que ese agudo lector perciba este tipo de cosas de un determinado autor es preciso que haya leído no una sino varias de sus obras, las suficientes para hacerse una idea del conjunto.

Las afueras desde un punto de vista argumental es una novela de gran dureza. No es que en mis obras posteriores no sucedan cosas similares o peores, pero la forma de exponerlas es otra, hasta el punto de que la presencia del humor en el relato puede dar pie a que el lector acabe soltando una carcajada. En *Las afueras*, por el contrario, lo que se está exponiendo sin tremendismo de ninguna clase, con total objetividad, resulta con frecuencia despiadado debido precisamente a la frialdad del tono narrativo adoptado. Y fueron algunos de estos hechos, irrelevantes en sí mismos para cualquier lector, los que de pronto me revelaron cuestiones para mí hasta entonces anodinas no ya de la obra sino de mí mismo.

Fue a partir de esa relectura y de las notas tomadas sobre la marcha cuando decidí emprender

la relectura de la totalidad de mis obras, y si bien algunas cuestiones fueron desapareciendo o adquiriendo una representación más indirecta, son varios los asuntos y los temas que empezaron a aflorar uno tras otro, asuntos y temas a cuya luz cuanto había escrito revelaba una serie de problemas y obsesiones personales de los que hasta entonces no había sido consciente. En muchos casos, vinculados a determinados sueños que nunca había relacionado con mi obra escrita.

La primera de esas cuestiones con la que me tropecé se refiere a mi madre, una persona de la que no guardo el más mínimo recuerdo; ni siquiera existe una sola foto en la que aparezcamos juntos. Murió el día de mi tercer cumpleaños alcanzada por la onda expansiva de la llamada «bomba del Coliseum», una explosión de singular potencia por haber afectado a un camión cargado de dinamita, probable objetivo de la incursión aérea. ¿Son anteriores a su muerte algunos de mis primeros recuerdos? Es muy probable, lo que significaría un rechazo inconsciente por mi parte de todo recuerdo doloroso.

Yo siempre he creído haber tenido conciencia, cuando niño, de que debía apañármelas por mí mismo, sin esperar ayuda de nadie. Más aún: de procurar resolver, en la medida de mis posibilidades, los problemas de los demás. Si mi pa-

dre –afectado por una dolencia pulmonar– me llamaba «su lazarillo» por acompañarle a todas partes no bien pudo dejar la cama al poco de la muerte de mi madre, durante los años siguientes –por poner un ejemplo– cuando en casa alguien andaba buscando algo cuyo paradero desconocía, el recurso habitual no era otro que el de sugerir «preguntadle a Luis», en la creencia de que probablemente yo iba a saber dónde encontrarlo. La idea que por aquel entonces tenía yo de mi madre era la de una de esas personas que nos gustaría haber conocido, sin que eso resulte posible por ser anteriores a nuestra existencia. Por lo demás, pocas cosas podían producirme mayor incomodidad que los comentarios, gestos o miradas que mi condición de huérfano solía suscitar entre familiares o amigos de la familia en el curso de una visita.

Los sueños que recuerdo en los que ella aparece son muy escasos. El más nítido es uno en el que se me aproxima en traje de época hablándome como suele hacerse a un niño que todavía no se ha dormido, como riéndome. Pero, que yo recuerde, siempre he pensado en su persona como en la de alguien ajeno a mi vida en la medida en que no tuvo ocasión de influir en ella.

De ahí mi sorpresa ante determinados descubrimientos en mi relectura de *Las afueras*. El he-

cho de que el hijo del protagonista del capítulo IV se llame Julio –mi madre se llamaba Julia– y hubiese muerto durante un bombardeo. Exactamente igual, por otra parte, que la esposa del protagonista del capítulo VI. Una muerte violenta y súbita como la que aguarda a la esposa del mencionado protagonista del capítulo IV.

Luego todo sucedió igual que un juego de manos. Había mirado a la vieja que se acercaba por la carretera, a unos cien metros todavía. Después, con la cara contraída y los dedos por pantalla, había seguido el vuelo de los vencejos, veloz y rápido como una bomba que cae. Cuando volvió a mirar, donde antes estuvo Amelia, había ahora un remolino de automóviles frenados de cualquier manera, que sus ocupantes abandonaban a portazos.

Se encontró resoplando tras el cerco de anchas espaldas apretadas, de cabezas bajas. Intentó abrirse paso entre americanas, cazadoras, chaquetas de cuero, canadienses, abrigos claros, de entretiempo. Le metieron un codo en el estómago. «Sin avasallar, hombre.» En medio del reflujo pudo verla un momento, caída como un fardo de trapos a medio deshacer. El guardia de tráfico tomaba notas. Oyó una voz. «Al sonar el claxon se me vino encima. Yo frené, frené... Quizá estaba loca...» Tiró al guardia de un brazo

antes de ser empujado hacia atrás por alguien que se apartaba del carro. El guardia se volvió sin mirarle, los ojos chispeantes, el bigote prendido de la boca que se movía como a mordiscos. «Atrás. Atrás. Retírense. ¿No se dan cuenta de que la van a pisar?» Y después, bajando la voz: «Súbanla.» Un retroceso general le apartó más aún. Se encontró de nuevo cegado por un montón de espaldas poderosas. «Con cuidado. La tapicería...» «Ni tapicerías ni leches.»

El grupo se deshizo cuando el automóvil se puso en marcha. El guardia metió su cuaderno en un bolsillo de la chaqueta de cuero. «Vamos, vamos. Circulen. Están interrumpiendo el tráfico.» Se fue en la moto, siguiendo al automóvil. La gente volvía hacia sus coches poniéndose los guantes, mascando los cigarrillos, discutiendo bien alto. Las portezuelas se fueron cerrando, los automóviles arrancaron uno a uno entre bocinazos, como a la salida de un espectáculo.

Se quedó solo, mirando hacia el recodo. Después hizo como que lo seguía y un camión lleno de tablones le pasó zumbando a pocos centímetros. Desde los tablones, unos obreros le saludaron con la mano según se alejaban. Luego se fue a sentar en una piedra, entre los algarrobos. «Terrenos adquiridos por el nuevo Asilo Municipal», leyó en alguna parte. Bienvenido a... Miraba las huellas del frenazo, la mancha esparcida lo mismo que si fuera de barro espeso y rojo.